

# CONCOLÓN



Martín Albán

# CONCOLÓN

**MARTÍN ALBÁN**

Lima, Perú

Noviembre, 25 de 2023

Hay locos por todos lados, algunos pasan desapercibidos y otros son casos clínicos. Alfredo conoció a un loco en su viaje de Lima a Piura. Su nombre era Laureano. Su primera impresión fue que efectivamente estaba muy mal de la cabeza. Vestía un pantalón beige viejo, como arraigando años pasados y una camisa que antaño clara, se ceñía sobre sus hombros huesudos para luego caer por la borda de un cuerpo vacío. Caminaba descalzo, mostrando unas uñas ya casi descascaradas y duras. Su rostro redondo y colorado había atrapado el sol piurano implacable dentro de él y sus ojos rojos, que parecían buscar algo, daban saltos de cuando en cuando, como sorprendiéndose con lo invisible. Avanzaba musitando algo parecido a un rezo ininteligible, alzando tímidamente la voz en pequeños intervalos. Qué pensamientos

tendría o lo atormentarían, se preguntaba el asombrado visitante.

Laureano vivía solo, en la misma calle que Alfredo, de casas antiguas con veredas muy angostas, tal que, si dos transeúntes se daban el encuentro, uno tenía que irreparablemente bajar a la pista, una pista sin asfalto, de tierra afirmada. A mitad de cuadra saltaba a la vista la precaria y descuidada vivienda de Laureano, destruida por la contingencia de lo absurdo y la dejadez del azar. Su fachada era un cúmulo de trastos diversos que erigían la pared y una puerta de metal amarrada con alambres.

Alfredo muy pronto descubrió por qué Laureano era conocido como Concolón, sobrenombre que los muchachos del barrio le pusieron, socarronamente, por su aspecto y color de piel. Mentar tal apodo frente a Laureano era despertar el superlativo de

loco. Enfurecía y vociferaba insultos mezclados con lisuras del más alto calibre y si tenía a la mano una piedra, la lanzaba contra aquellos que se atrevían a enfrentarlo. Le tomaba mucho tiempo calmar su estado de excitación, inclusive si los protagonistas de tamaña injuria ya habían emprendido la veloz marcha.

Laureano era parte del barrio, andando todo el día de un lado a otro, haciendo pequeños encargos que las vecinas le pedían, como ir a la tienda a comprar pan o leche, o recoger una torta recién horneada de la panadería. Alfredo contrastaba con curiosidad su comportamiento, amable con sus proveedoras, quienes le dejaban una propina por sus mandados. Laureano era honrado, confiable y educado en estos quehaceres.

Comentaban en el barrio que su familia había sido de muy buena posición económica. Su casa tiempo atrás lucía extensa e imponente, bien cuidada por la mamá de Laureano, que era muy amorosa y centro de su familia. Él adoraba a su madre, y se dice que la raíz de su demencia fue la muerte de ésta. Todos a quienes él quería fueron muriendo de pena, quedando solos Laureano y su locura.

También comentaban, los que conocían la triste historia, que la casa de Laureano escondía un tesoro, herencia de las riquezas y opulencia de su familia, pero nadie se atrevía a traspasar aquel dominio ruinoso y constatar tal murmuración.

Alfredo conocería la furia de Laureano cuando, una noche, en la que tranquilamente jugaba a las cartas con los muchachos del barrio, sentados en un muro, oyó un grito de

terror “¡CONCOLÓN!”, y todos menos el sorprendido Limeño emprendieron la fuga. En cuanto Alfredo alcanzó a girarse, quedó frente a frente a Laureano, a una distancia como de diez pasos. El iracundo Laureano tomó una piedra. Correr, para Alfredo, ya no era una opción. Además, el miedo lo dejó petrificado, mirando a Concolón como mirando al vacío. Las vecinas - que acostumbran a la tertulia en las entradas de las casas – se percataron del hecho y una de ellas llamada Keka intervino enseguida gritando casi tan fuerte como lo hacía Laureano, *¡Él no ha sido, él no es de acá, deja esa piedra!* Casi fuera de sí, con la piedra empuñada como una lanza cazadora y a punto de ser arrojada contra su presa, respondió, ya casi desvalido de bravura: *Esos malcriados me insultan y yo no les hago nada.* Cuando Laureano finalmente logró calmarse, soltó la piedra, que cayó inerte y

seca, y reinició su marcha lenta musitando aquel mantra, como de costumbre. Alfredo, resucitando el alma de a pocos, solamente atinó a resguardarse en sus salvadoras.

De una manera extraña conocería Alfredo el interior de los linderos del mundo de Laureano cuando su vecina le pidió que subiera a recoger una pelota que había quedado atrapada en el techo del segundo piso. Una vez allí y luego de ubicar el balón, movido por una asaltante curiosidad se asomó al lado colindante al terreno de Laureano. Era un fortín sin techo lleno de cosas vetustas, apolilladas y añejas, regadas como las piezas de un tablero de ajedrez sumidas en el olvido y decoradas por un gran árbol de algarrobo en medio. Acercándose más al borde, como para ver mejor, pudo notar a su antes atacante, recostado mirando al cielo. El sorprendido fisgón se sintió descubierto, pero decidió no moverse al ver

que del semblante del temido Concolón emergía una expresión de paz, su otrora mirada roja y perdida ahora reflejaba sosiego. Alfredo pensó que quizá sus recuerdos lo llevaban a ese estado, un horizonte en el que probablemente veía a su madre, a su familia, su imponente casa, ya no le importaba el resto del mundo, o incluso que un intruso invadiera aquella pequeña y desvencijada fortaleza, su espacio. Fue como hurgar en el alma de Laureano.

Alfredo se quedó un rato, aletargado por aquel horizonte que provenía del rostro de aquel hombre. Al momento, abandonó el lugar, en paz con Laureano y consigo mismo.

Si era cierto que Laureano tenía un tesoro, Alfredo lo había descubierto.